

EL CENTENARIO DEL LARINGOSCOPIO

«Honor se hace quien a los suyos honra»

Si todas las revistas españolas de Otorrinolaringología, en el centenario del descubrimiento del laringoscopio por nuestro compatriota Manuel García, divo y tratadista del canto, le han rendido testimonio y homenaje, ARGENSOLA, revista fundamentalmente artística y literaria, también quiere tributar en la exaltación y recuerdo de tan preclara figura, merecedora en sus tiempos, entre otras recompensas, de la Gran Medalla de Oro para la Ciencia, por el emperador de Alemania, y la Gran Cruz de Alfonso XII, por Alfonso XIII, sinónimos del actual Premio Nobel.

LOS PADRES DE MANUEL GARCÍA.—Manuel del Pópolo Rodríguez, llamado García desde pequeño, apellido de su padrastro, célebre tenor, nacido en Sevilla, alcanzó gran renombre desde los 17 años, como cantante y compositor; al principio del siglo XIX recorrió con ruidoso éxito ambos continentes; casó con Manuela Siches de Morales a los 23 años (1798); cantaba a dúo este matrimonio una tonadilla titulada *El majo y la maja*. Rossini escribió para él la parte de tenor de sus óperas *El barbero de Sevilla* y *Otello*. Fue autor de medio centenar de obras, entre óperas, operetas y monodramas, numerosos ballets y canciones. De su opereta *El poeta calculista* fue muy célebre la canción del «Contrabandista».

Manuel del Pópolo Rodríguez y Manuela Siches de Morales tuvieron tres hijos, María Felicia, conocida con el nombre de la Malibrán; Paulina, conocida por la Viardot, y Manuel Vicente. Los cinco componentes de esta familia cultivaron esta rama de las Bellas Artes hasta la inmortalidad.

MANUEL GARCÍA.—Nació en Madrid el 17 de marzo de 1805; fue bautizado en la parroquia de San Martín; murió en Londres en 1906, alcanzando la edad de 101 años.

En 1847 escribió en francés *Tratado completo de canto*, traducido al alemán e inglés; aquel año fue nombrado profesor de canto en el Conservatorio de París, y tres años después pasó con igual cargo a la Real Academia de Música de Londres.

EL GRAN INVENTO.—En 1854, paseando por París y como fruto de sus impacencias por ver el funcionamiento de las cuerdas vocales, pensando siempre que el hombre debe conocer bien y bajo todos sus aspectos los asuntos de que se ocupa, sentía la necesidad de una educación científica de su arte.

Manuel García comenzó por estudiar la anatomía de la laringe; para lo cual, junto a maestros, hizo disección primero en laringes de perros y después en laringes de cadáveres humanos, y por la disposición de las fibras musculares del músculo de las cuerdas vocales, pudo explicarse la formación de los sonidos graves y agudos.

Para hacerse con la fisiología de la laringe, para desentrañar el secreto de la formación de la voz, tenía que observar directamente la glotis en función, y esta idea le atormentaba, pues, si bien alguna vez la abandonaba, inmediatamente volvía a obsesionarle con mayor fuerza; coincidiendo esto con la lectura de Bacon, quien decía que todas las ideas, por estrambóticas que parezcan, deben llevarse a la práctica.

Por fin, un día cual relámpago vió el mecanismo de la laringoscopia, paseando en 1854 por el Palais Royal de París, idea que inmediatamente abordó con felicidad.

Desde entonces, el estudio de las enfermedades de la laringe y de otras vías respiratorias tiene en el siglo XIX su iniciación y progreso decisivo, con la invención del espejo laríngeo. Los progresos de la laringología, gracias al invento de nuestro compatriota que tantos quisieron arrebatarse, sin que nadie haya logrado mejorarlo ni sustituirlo; llegan rápidamente y hoy el invento de Manuel García, «Cristóbal Colón de la laringe», nos da dos hijuelas de la laringología, como son la Foniatría y la Logopedia.

En el centenario de su nacimiento, la humanidad entera, el 17 de marzo de 1905, celebró en Londres el homenaje al profesor de canto Manuel García, inventor del laringoscopio.

Allí se reunieron todos los países cultos, incluso rusos y japoneses, separados por la guerra. Y todo por el espejito laríngeo que tanto bien ha hecho y hará a toda la humanidad.

Los hombres cuya vida se desliza haciendo el bien y si después de su muerte ven este bien aún continuado, ponen de manifiesto que su obra fue buena y como tal perpetuamente recordada. Este es el caso de Manuel García, siempre gran español y digno émulo de Echegaray, Cajal y Benavente.